

Carlos Keller R.

El Capitalismo Moderno

II

EXISTEN las más diversas teorías sobre las causas de los grandes movimientos sociológicos. También sobre las causas que condujeron a la evolución capitalista se han expresado muy diferentes opiniones.

Así, una de las escuelas modernas coloca en el centro de las fuerzas creadoras de la historia los nuevos inventos técnicos. La técnica se encuentra, efectivamente, en nuestros días, en un estado de continua revolución. Cada nuevo invento que se hace, trae consigo profundos trastornos económico-sociales. No puede haber duda alguna a este respecto. Y hasta existe una escuela económica—me refiero a la austriaca—que cree poder explicar la formación de las ganancias capitalistas, o de la rareza con que nacen capacidades extraordinarias y grandes genios organizadores o las capacidades no menos geniales de los inventores. Fuera de estas fuentes, no habría otras que producen ganancias, limitándose la gran mayoría de las empresas a pagar, a título de ganancias, un por ciento que le corresponde simplemente a la tasa corriente de intereses.

Otra escuela dice que el progreso capitalista proviene en primer lugar del enorme aumento que experimentó la población de los diferentes países occidentales en el curso de los últimos siglos.

En nuestro país se le suele atribuir una importancia sobresaliente, en estos movimientos, a la reforma legal. Todos los males sociales, así piensan nuestros ideólogos, se pueden remediar fácilmente mediante el establecimiento de nuevas leyes. Se le atribuye un poder sobrenatural, para no decir divino, al Estado. Se cree que los mismos hombres, con sus mismos malos hábitos, con sus mismos corazones corrompidos, se convertirán, una vez establecida una nueva Constitución, en poco menos que verdaderos ángeles. Esos mismos ideólogos optimistas suelen atribuir una importancia sobresaliente a toda reforma legal, en los grandes trastornos que han experimentado nuestros estados en el curso de los siglos.

Ninguna de estas escuelas tiene, empero, razón. Sin duda, no pueden negársele a ninguna de ellas ciertas verdades parciales que sostienen con mayor o menor acierto. Pero sus argumentos no nos pueden convencer precisamente del por qué de la evolución de que nos estamos ocupando. La población es en China y fué donde los mayas o aztecas, mucho más densa que en los países occidentales, sin que por eso se haya producido una evolución capitalista comparable a la nuestra. El verdadero causante de estos grandes trastornos es y fué siempre el hombre. El fué quien creó la nueva técnica, él fué quien, mediante ingeniosas medidas sanitarias, hizo crecer la población, él fué, en fin, el que le dió a nuestra historia la dirección que ha tomado desde 1750. Los hombres también son los que crean las nuevas leyes. Y de otra parte, éstas, en general, sólo suelen establecerse una vez plenamente desarrollado aquel núcleo de relaciones y circunstancias a que se refieren. Con muy raras excepciones, las leyes suelen referirse a hechos que les preceden y no son las causantes de esos hechos. Aun en el caso de preceder una ley a los hechos que trata de producir, no depende de ella si esos hechos van a producirse, sino de la voluntad de los hombres, cuyo libre albedrío puede someterse al programa que contiene la ley, o repudiarlo. Y las leyes que se refieren al estado sólo producen un efecto si hay una administración ordenada que las realice en la práctica. Es ésta la cau-

sa por qué una buena administración vale mucho más que una inmejorable constitución. La buena administración producirá siempre buenos resultados, aún sin que haya leyes, mientras que la constitución ideal sólo representa un margen vacío, el cual sólo en condiciones muy favorables se convertirá en realidad.

No fué ni la gran masa, ni un solo individuo los que iniciaron la evolución capitalista, pero sí una minoría dominada de la voluntad de imponerse y de conducir a la victoria a los nuevos principios económico-sociales. La historia nunca puede ser el resultado de hechos naturales, sino el producto de la acción social del hombre. Esa minoría de hombres capitalistas, que al principio se encontraban aislados, logró convencer al estado y las demás clases, de su nuevo ideal social, prometiéndoles un verdadero paraíso de justicia, paz y progreso sociales. Pero no es precisamente la convicción, la divulgación de ideales, la manera de proceder de parte de la historia. Para obtener un éxito hay que saber mandar, hay que saber disponer de la fuerza. Y fueron esos capitalistas soberbios representantes de la clase, no de los apóstoles, sino de los hombres de acción. Todos los estados occidentales se encontraban, en la segunda mitad del siglo XVIII, como ya hemos llegado a demostrar, en una situación de profundo malestar. Entonces estos capitalistas expusieron su plan de trabajo, el cual no era netamente egoísta, sino abarcaba todas las clases sociales, prometiéndoles algo a todas ellas. Y la colectividad—en primer lugar el estado barroco—le confió sus destinos. Dentro de poco, se creía esta nueva clase en la situación de poder hacerse cargo de todo el poder: y en consecuencia destruyó el estado barroco, para darle a la nueva sociedad aquella forma jurídico-constitucional que correspondía mejor a sus más íntimos anhelos. Ese optimismo verdaderamente asombroso que reinaba a principios del siglo XIX puede estudiarse, en una forma clásica, por ejemplo, en las obras de David Ricardo.

La nueva forma constitucional de los estados occidentales, la llamada democracia, es en realidad la forma que se encuentra, más que cualquiera otra, en armonía con los principios fundamentales del capitalismo moderno. Si bien el estado barroco había

fomentado, hasta cierto grado, la evolución capitalista, no debe olvidarse que ese estado no era meramente capitalista. Su ideal, tal, por ejemplo, como lo presenta Quevedo en su grandiosa obra sobre la «Política de Dios y Gobierno de Cristo», era en gran parte de índole bien distinta. Antes de 1789, había una democracia de hecho, después de aquella memorable fecha, una democracia meramente formal. Hasta entonces, las clases bajas habían disfrutado de una protección fiscal bastante eficaz, y el ideal social había sido—a pesar de la división social en diferentes clases de diferente situación, pero que no por eso dejaban de formar una unidad y totalidad—había sido, digo, hacer posible la existencia al mayor número de hombres de igual situación económica. Ahora, «la ley, en su majestuosa igualdad, prohíbe a los ricos como a los pobres dormir debajo de los puentes, mendigar en la calle y robar pan» (Anatole France). Ahora, el individuo que no dispone de dotes netamente capitalistas es desposeído de sus bienes y viene a formar la vastísima clase de proletarios sin patria ni hogar. La economía llega a colocarse en el centro de todas las actividades de los pueblos; quien no produce bienes económicos no merece existir. En cambio, el «homo œconomicus» encuentra condiciones de vida que no le había ofrecido jamás ninguna otra época anterior. El nuevo sistema de créditos le facilita enormemente encontrar los capitales de que necesita para organizar sus empresas. El capital se mueve automáticamente hacia el empresario más talentoso. Y a medida que se desarrolla este sistema, ya no basta el mero hecho de poseer capital para obtener ganancias: hay que disponer de cualidades especiales de empresario para poder imponerse dentro de él. En el capitalismo primitivo bastaba, efectivamente, el mero hecho de disponer de capitales.

Se efectúa, de esta manera, una alteración de la categoría individual dentro del nuevo estado. Capas sociales que antes se habían encontrado a la cabeza de la sociedad, llegan a ocupar una situación inferior, y otras que antaño pertenecían a las más inferiores, vienen a ocupar los puestos más elevados:

casi todos los grandes capitalistas de nuestros días surgieron de la pobreza.

Fuera de esta alteración de la situación individual, tuvo lugar otra, de indole etnológica. El capitalismo primitivo había surgido y encontrado su apogeo en los países del Sur de Europa. El capitalismo moderno encuentra su mayor esplendor en los países anglo-sajones y germanos. Parece existir, en la sociología, una ley que encontramos igualmente en las ciencias naturales. Me refiero a la ley de la inercia. Efectivamente, parece que cualquier movimiento social que ha culminado y encontrado su pleno desarrollo en una región, se mantiene en ella a través de largos espacios, cuando la evolución ya ha progresado en otros países en un sentido diferente. Así se explica que los países del Sur de Europa nos presenten, tanto su estructura económica como espiritual, un aspecto correspondiente al capitalismo primitivo, mientras que los países del Norte—que en aquella época eran atrasados—han evolucionado hacia una nueva organización social y económica.

Hemos de considerar aquí otro factor de gran influencia para el desarrollo capitalista. La revolución francesa, al declarar solemnemente la igualdad de los hombres, libertó del «ghetto» a una raza que hasta entonces no se había podido desarrollar libremente: la judía. La gran mayoría de los autores que trata la historia económica sociológica de Occidente, en una forma esquemática y netamente racional, no se ha dado la debida cuenta de la importancia que hay que atribuirle a este hecho. Los judíos son, entre todos los pueblos, aquellos que disponen de las mayores capacidades mercantiles. Pero el capitalismo necesitaba precisamente de estas dotes, para poder alcanzar el tan apetecido desarrollo. Sin mercados en qué poder colocar sus productos, no puede florecer la grande industria. Mediante sus cualidades especialmente favorables, los judíos lograron abrir, a la producción capitalista, de una parte los mercados interiores y de otra los extranjeros. Y aquellas naciones en que vive cierto porcentaje de judíos, son al mismo tiempo las que se encuentran a la cabeza de todas: Alemania y

Estados Unidos. No digo con eso que los judíos sean los creadores del capitalismo moderno. Hay naciones atrasadas con un fuerte injerto judío, como por ejemplo, todos los países del Este de Europa. Pero los judíos fueron, sin duda, un fuerte aliciente en el desarrollo capitalista.

III

El sistema económico moderno tiene por base en su estructura orgánica, los grandes inventos técnicos que lo acompañaron. También ellos dependen del factor hombre y no representan meras casualidades. En los progresos occidentales de los inventos hay un sistema, lo cual nos indica que son debidos, en primer lugar, a las cualidades especiales del espíritu occidental, que se preocupa, una vez llegado a este desarrollo cultural y en una forma sistemática, de realizar inventos: son ellos, así se puede decir, emanaciones de la voluntad del hombre por dominar la naturaleza.

Este grandioso sistema de inventos hechos en el curso de los siglos XVIII y XIX, llega a formar una base completamente nueva de nuestra técnica moderna. Nos habíamos referido ya, en términos generales, a algunos problemas relacionados con esta materia. Debemos agregar aquí algunos detalles importantes, para poder darnos cuenta, con toda claridad, de la evolución que ha experimentado nuestro sistema económico.

La ciencia forma la base de la técnica moderna. Ha sido independizada del individuo. Para el físico y químico modernos, la naturaleza consiste en cantidades numéricas que entran en relaciones recíprocas. Nuestro conocimiento de esas relaciones es determinado por aparatos científicos y no está fundado en sensaciones e impresiones individuales.

No se conocen ya los métodos empíricos: se produce con plena conciencia de los fenómenos naturales. Este saber técnico adquiere un carácter objetivo, absoluto, para el hombre occidental. Existe plena seguridad, precisión, exactitud en cuanto a los resultados. La ciencia llegó a dominar la naturaleza; el hombre

se considera omnipotente frente a ella; claro que no en el sentido de considerarse bastante poderoso para alterar el curso de las fuerzas naturales, pero sí en cuanto a su conocimiento de la naturaleza y de los efectos de esas fuerzas. El hombre conoce el secreto de poder aprovecharlas a su voluntad.

Puede aumentarse ilimitadamente la potencialidad técnica. Este aumento, en los períodos anteriores, dependía de casualidades en cuanto a los inventos y en cuanto a los hombres geniales que los hacían. Hoy día, todos los grandes establecimientos modernos disponen de un verdadero estado mayor de inventores y técnicos profesionales que se dedican exclusivamente a mejorar las condiciones técnicas de la respectiva empresa.

La técnica moderna se encuentra, a su vez, en continúa revolución; y los nuevos inventos que se hacen diariamente, modifican constantemente todas las bases económicas de las empresas. Cada empresario está celoso de adquirir una situación excepcional dentro de la economía, de obtener un monopolio, y sólo lo puede lograr si dispone de un invento privilegiado. Bien al contrario del aspecto fundamental que presentaba la economía de los períodos pasados, el cual estaba caracterizado por la continuidad económica y técnica, nuestra economía actual está basada en la posibilidad de continuos trastornos interiores, debidos a nuevos inventos y métodos de organización. Sin ellos, se estagnaría nuestro sistema económico y haría lugar, dentro de muy poco tiempo, al socialismo. El socialismo, se puede decir, sólo es posible una vez terminado el período de los grandes inventos. No digo con eso que no existe la posibilidad de cesar del todo algún día los inventos.

Fué acompañada esta evolución, como también ya hemos llegado a ver, de una emancipación de la naturaleza orgánica. Hoy se emplean todas las materias primas disponibles y con los más variados fines. Basta haber estado alguna vez en el puerto de Coronel, para quedar admirado de un hecho muy sugestivo: la mayoría de los ranchos está construída de antiguos tarros de parafina. Los metales han sustituído casi completamente a los antiguos materiales que predominaban antes, entre

ellos, a la madera. Y al contemplar el curioso aspecto que presenta nuestro primer puerto carbonífero, se ve uno forzosamente obligado a darle razón a Sombart, cuando dice que nuestra cultura es una cultura de lata, mientras que la del barroco era una de madera. El acero especialmente, se ha impuesto frente a todos los demás materiales de construcción. También en cuanto a las materias de combustible, el carbón y coke han reemplazado a la leña. El coke, de enorme importancia para la fabricación de madera, fué producido por primera vez en 1713; los métodos para producirlo en mayor escala datan de 1755 y 1774. Poco después, en 1784, fué inventado un nuevo método para fabricar hierro, mediante el empleo del coke.

En esos mismos años fué hecha una gran serie de inventos trascendentales: así, en 1792, fué revolucionado el sistema de alumbrado mediante el invento del gas. En esta rama de la técnica, nuevos grandes progresos datan de 1848 (primera lámpara eléctrica de arco) y de 1859 (descubrimiento del petróleo). La primera ampolla eléctrica fué construída en 1879. Si resumimos estos hechos, podemos decir que también dentro de las industrias que se refieren al alumbrado se puede constatar una emancipación de la naturaleza orgánica.

Igual tendencia hay en la tintorería: se inventan procesos de blanquear basados en la potasa y la soda (Leblanc 1791), en el cloro (1774) y en el cloruro de cal (1798).

De importancia fué también la emancipación de los abonos orgánicos (o sea del guano), mediante el empleo de nuestro salitre, de las escorias Thomas, de la potasa, etc. El empleo de estos abonos en la agricultura se debe en primer lugar a aquel genial químico que se llama Justus von Liebig.

Otra tendencia peculiar a la técnica capitalista moderna consiste en reemplazar las materias secundarias (fauna) de la naturaleza por las primarias (flora). Las segundas son más caras que las primeras. Así el algodón viene a substituir a la lana, las grasas de plantas a aquellas de animales.

Se trastornan igualmente en una forma desconocida hasta entonces, los medios de producción. El empleo de materias le

es común al hombre y al animal, el empleo de medios de producción sólo se encuentra entre el hombre.

El medio de producción activo es la herramienta y la máquina. Primero se trataba simplemente de intensificar el trabajo humano, pero pronto se le comienza a reemplazar por la máquina. Nuestro sistema económico está caracterizado especialmente por el predominio de la máquina dentro de la economía. No digo con eso que la máquina no haya existido en otros períodos: es ella de igual edad que la herramienta, pero nunca ha predominado cuantitativamente en una forma comparable a la de nuestros días.

Cada máquina se compone de tres partes diferentes: aquella que produce la energía, la que produce el trabajo y la que transmite la energía a la parte que trabaja. La completa maquinización e industrialización consiste en el absoluto perfeccionamiento mecánico de las tres partes. En general, algunas de las faenas en que se divide el proceso de la producción están a cargo del hombre, pero existe, en todo caso, la tendencia de reemplazar esas partes por la fuerza mecánica.

Las máquinas que producen la energía alcanzan su enorme importancia desde el empleo del vapor y de la electricidad. El empleo del vapor comienza en 1765, fecha en que James Watt inventó la máquina a vapor moderna. Casi siempre, un solo invento no basta para conquistarle al nuevo procedimiento una base más amplia; con frecuencia el pleno éxito práctico depende de inventos accesorios y muchas veces de detalles, al parecer insignificantes, que deben acompañar a los grandes progresos técnicos. Así el triunfo de la máquina a vapor data de una serie de nuevos inventos hechos en el curso del siglo XIX: en 1838 se inventa el martillo a vapor, en 1841, la prensa hidráulica para hacer toda clase de trabajos de herrería, en 1858 la fabricación de acero según el sistema Bessemer. También la industria de transportes experimentó grandes progresos debidos al vapor. El primer tráfico con buques a vapor fué iniciado por Fulton en 1807 (en 1769 ya se conocían omnibuses movidos por el vapor). El primer ferrocarril fué construído por J. Ste-

phenson en 1820 (transportes por medio de rieles se conocían ya en el siglo XVI, carros a caballo para el transporte de personas fueron empleados por primera vez en 1801). El primer ferrocarril corrió en 1825 entre Stockton y Darlington; en 1829 fué inaugurada la línea entre Liverpool y Manchester. La primera línea en el continente europeo fué construída en 1835 entre Nuremberg y Fuerth y la primera en Sudamérica en 1851 entre Copiapó y Caldera.

Sólo mucho más tarde se inició la aplicación de la electricidad en fines industriales. Primero se empleaba para mover máquinas en las fábricas, más tarde para la locomoción (el ferrocarril eléctrico fué inventado por Siemens y presentado por primera vez en la Exposición Industrial de Berlín del año 1879). Al mismo tiempo tomó un gran desarrollo el empleo de la electricidad para la trasmisión de noticias. Se conocía ya mucho antes, desde 1794, un telégrafo inventado por Chappe que consistía en la trasmisión de señales de luz, pero no era de gran importancia. En 1833, Gauss y Weber inventaron el telégrafo eléctrico-magnético. No tenía valor práctico hasta que se logró fabricar la gutapercha, en 1842. Catorce años más tarde, en 1856, se construyó el primer telégrafo, mejorado en una forma definitiva en 1866. La telegrafía inalámbrica fué inventada por Marconi en 1896. El teléfono, igualmente basado en el empleo de la electricidad, fué inventado en 1861, pero los primeros resultados prácticos sólo fueron obtenidos por Edison y Bell en 1876.

Simultáneamente se perfeccionaron en un grado jamás alcanzado por cualquiera otra cultura, las máquinas de producción. Entre ellas fueron de gran importancia, para nuestro desarrollo económico, las de hilar. Los grandes inventos a este respecto datan de los años 1735 a 1775 en que los inventos de Arkwright, Paul, High y Hargreaves, etc., perfeccionaron fundamentalmente los procedimientos técnicos. Al mismo tiempo, en 1785, Cartwright inventó la máquina de tejidos. Había, empero, que subsanar una pequeña dificultad: la eliminación mecánica de la cápsula de las semillas de algodón. La célebre máquina llama-

da «Colton-Gin» significa a ese respecto un nuevo adelanto (1793). Al mismo tiempo y relacionado con esta industria, se logró obtener un nuevo método para blanquear los géneros, basado en el cloro.

La técnica moderna está caracterizada por la expresión: todo se encuentra en rotación. Fué precisamente la aplicación de este principio de la rotación la que hizo posible los enormes progresos técnicos alcanzados.

Debido a ellos, la capacidad industrial ha aumentado sin tasa ni medida. Nuestra economía moderna está capacitada a disponer de cantidades ilimitadas de energías. Las máquinas que las producen, como también las de trabajo, adquieren proporciones cada vez mayores. Cada invento que se hace forma la base de toda una serie de nuevos inventos relacionados con él.

Nuestra economía actual ha obtenido, debido a esos progresos técnicos, una precisión y exactitud desconocidas hasta ahora. El empleo exclusivo de las fuerzas humanas no harían posible esa precisión. Pero de ahí viene también toda la decadencia artística de nuestra civilización. La obra del artesano y del artista siempre llevará ciertos elementos individuales de su creador: la obra de máquina jamás podrá producir un efecto artístico; será más exacta que la del hombre, pero siempre estará caracterizada por los mismos factores que caracterizan a las máquinas. Está además acompañada nuestra evolución capitalista de un enorme desarrollo de la velocidad: toda nuestra vida se ha tornado en un torrente rapidísimo que nos arrastra hacia adelante, sin que tengamos tiempo para darnos cuenta dónde nos conduce. Y finalmente podemos señalar como resultado de esta evolución la emancipación del espacio y del tiempo, en una forma igualmente asombrosa.

Nuestra economía moderna, al dedicarse a la explotación de materias inorgánicas, en una escala gigantescas, está gastando rápidamente las energías almacenadas en el seno de la tierra desde hace millones de años. No vivimos de la «renta» de las fuerzas naturales, sino del capital de que nos ha dotado la naturaleza. Sombart dice con mucha razón que todo el secreto

del siglo XIX consiste en haber sabido aprovechar súbitamente esos enormes tesoros que contiene la tierra en la forma del carbón negro y del petróleo. Pero lo mismo puede decirse de los metales. El hombre del capitalismo primitivo dependía de la cooperación del suelo: su cultura era, efectivamente, como ya hemos llegado a ver, una cultura de madera. Si nosotros quisiéramos vivir de lo que nos ofrece el suelo, no podríamos existir. Y por eso el agotamiento del capital de que hemos vivido hasta ahora, formará el problema central de la economía del futuro. Ya hoy en día las grandes potencias, celosas de su situación, se están apoderando de las escasas reservas del capital de metales y fósiles que encierra la tierra: quiera Dios que nuestros políticos sepan reservarnos los tesoros que nos ha entregado la providencia!